
Más de mi experiencia

CuadMon 146
(2003) 301 - 304

Fui a sentarme debajo de un árbol, relativamente cerca de la ruta, y llevé conmigo las "Poesías Completas" de Gabriela Mistral². Sobre todo quería pensar en el por qué de tanta confusión y de la carencia de rumbos claros (me refiero a la vida religiosa en general y a la vida monástica). En medio de los pinos soleados y bajo un cielo con barcos blancos navegando en un mar azul, vislumbré una respuesta que tal vez analice en un futuro. Pero en su forma simple y breve lo expresaría así: en la raíz de esta selva está la no distinción entre esencia y existencia, entre el ser y el existir. ¿Sería una tentación metafísica? Tal vez, pero comenzaba a comprender. Para algunos todo es inamovible, es decir la esencialización del orden existencial. Lo que fue, es y será. Todo es absoluto. No cuentan ni el espacio ni el tiempo, es decir las coordenadas de la existencia. ¿Se pueden dar Instituciones así pautadas? Se dieron y se dan. Pero llega un momento en que se produce un vuelco: si todo es esencial (sandalias y no medias en un Instituto o zapatos con cordones y medias en otro, por ejemplo) nada es esencial. Entonces se cae en el error de la existencialización de todo. La Comunidad o el Instituto es un río que fluye sin cauce y lo único que permanece (como una montaña de origen) es el fundador o fundadora; quien aún a y divide a la vez a esencialistas y existencialistas.

Mientras pasaban por mi mente estas ideas observaba los autos que iban y venían por nuestra ruta 14, a la vez

¹ Madre Cándida María Cymbalista (1925-2003) fue fundadora y primera Abadesa de la Abadía "Gaudium Mariae" de San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina.

² Con el excelente estudio a manera de prólogo, de Esther de Cáceres, poetisa uruguaya.

que me distraía (sentada en la casi banquina) una fila de hormigas moviéndose procesionalmente entre las pequeñas verbenas multicolores y por momentos el murmullo de las hojas de los árboles y una que otra nube haciendo dibujos blancos en el cielo. Y comencé a ver tantas cosas que durante veintitrés años no había visto... y me sentí inmensamente feliz en mi banquina. Durante esos años fue necesario correr en la ruta: edificar vidas y casa que contuviera estas vidas, cuentas y proyectos para adquirir y vender, Derecho Canónico y Constituciones, presupuesto, reuniones, adaptaciones, cargos y cargas, y en todo deslizarse con velocidad, sin chocar, volante en mano y pie en el acelerador. Ahora estaba sentada en la banquina (algunos llaman a esto “dar un paso al costado” y puede dar la impresión de un auto roto y parado, lo cual evoca tristeza, vacío, chatarra³, y considero que es un gran error), gozando mi regreso a la poesía, a la tierra, al cielo, a la música de los sonidos y de las cosas. Y abriendo mi libro de Gabriela Mistral leí su poema “Marta y María”:

Nacieron juntas, vivían juntas,
comían juntas, Marta y María.
Cerraban las mismas puertas,
al mismo aljibe bebían,
el mismo sol las miraba
y la misma luz las vestía.

Sonaban las lozas de Marta,
borbolleaban sus marmitas.
El gallinero hervía de tórtolas,
en gallos rojos y aves frías,
y saliendo y entrando, Marta
en plumazones se perdía.

Rasgaba el aire, gobernaba
alimentos y lencerías,
el lagar y las colmenas
y el minuto, la hora y el día.

³ Chatarra: “1- Escoria que deja el mineral de hierro. 2- Conjunto de trozos de metal viejo o de desecho, especialmente el hierro. 3- Cosa de poco valor. 4- Aparato viejo e inservible” (Diccionario Espasa).

Ya ella todo lo voceaba
a grito herido por donde iba:
vajillas, puertas, cerrojos;
como a la oveja con esquila
y a la otra se la callaban
hilando llanto y Ave Marías.

Cuando Marta envejeció
sosegaron horno y cocina;
la casa ganó su sueño,
quedó la escalera supina,
y en adormeciendo Marta
y pasando de roja a salina,
fue a sentarse acurrucada
en el ángulo de María,
donde con pasmo y silencio
apenas su boca movía.

Hacia María pedía ir,
y hacia ella se iba, se iba
diciendo “¡María!”, solo eso,
y volviendo a decir María.
Y con tanto fervor llamaba
que, sin saberlo ella partía
soltando la hebra del hálito
que su pecho no defendía.
Ya iba los aires subiendo,
ya “no era” y no lo sabía...

Sonaron las campanas llamando a Vísperas, cerré mi libro y con el alma llena de pájaros, de hormigas, de verbenas, de mariposas, de tierra y de cielo y también de todos los coches con sus historias encerradas en la velocidad, regresé y me sumergí en la salmodia como en un oleaje. Después en el silencio del coro ahora vacío, sin más luz que la lámpara del sagrario, di gracias a Dios con inmensa alegría por las rutas recorridas y por la banquina ahora encontrada.

Siento mi corazón en la dulzura
fundirse como ceras:
son un óleo tardo
y no un vino mis venas,
y siento que mi vida se va huyendo
callada y dulce como la gacela⁴.

Abadía Gaudium Mariae
5153 San Antonio de Arredondo
Córdoba. Argentina

⁴ "Atardecer" de Gabriela Mistral.